

Legalmente vivo

Entre abril y diciembre de 1998, esa casa de extraños que es los restos del cine mexicano, escenificó un zafarrancho de dimensiones colosales, sobre todo considerando el tamaño real de uno de sus factores centrales, la producción, reducido a un promedio de diez títulos anuales en sus mejores casos.

El *casus belli*: las modificaciones a la Ley de Cinematografía, promovidas por la Comisión de Cultura de la Cámara de Diputados, en la forma de la actriz y diputada María Rojo. Breve *flash back*: 1949, el cine mexicano es la segunda industria en crecimiento y generación de divisas del país. Pisa fuerte en toda zona hispanoparlante. Se aprueba una Ley de Cinematografía nada más por no dejar. El cine mexicano se rige por la ley de la oferta y la demanda, la exploración de sus aciertos y errores, sin prever la debacle que se dará, lenta pero inexorable, a lo largo de los próximos 25 años. 1992: está por aprobarse el Tratado de Libre Comercio y, en el furor de las adecuaciones legales para emparejarnos con Estados Unidos y Canadá, se somete a la Ley de Cinematografía a modificaciones urgentes que ceden mucho más de lo pedido por las otras naciones: se cancela literalmente la posibilidad de que exista un cine mexicano al hacer que cada año sea menor, por ley, el espacio en cartelera de las películas mexicanas (es fácil imaginar a norteamericanos y canadienses pasmados ante el regalo salinista: Jeez, those Mexican not only worships Death, but also Suicide!).

Cinco años después, y con un congreso con mayoría opositora, se estima la necesidad de revertir la salvajada: si de algo sirvió el intento fue para dejar claros los campos irreconciliables en que está dividido el cine en México. El sector más débil es el de la producción, el promotor de las modificaciones, agrupa al Sindicato de Trabajadores de

la Producción Cinematográfica, a los productores privados aún en activo (unos cuantos), al Instituto Mexicano de Cinematografía y a los guionistas. En la otra esquina, con el mango financiero de la sartén bien sujeto, los exhibidores (una nueva clase, emanada del salinismo tras la venta de la paraestatal Operadora de Teatros), los distribuidores del abrumador material hollywoodense y, de manera velada, los consorcios televisivos: los exhibidores rechazaban la sugerencia de la nueva ley de aportar un porcentaje de sus ingresos para la producción de películas (no veían qué relación podía tener su actividad con que exista el cine); la televisión y los distribuidores respingaron ante las restricciones al doblaje de películas: la primera lo hace con todo tipo de obra, clásicos y bodrios, y los distribuidores han descubierto una mina de oro en la clasificación AA, para todo público, que supone que la película viene doblada para beneficio de los niños.

El resultado final fue que los promotores de la Ley doblaron las manos en casi todo: se limitó el tiempo en pantalla del cine mexicano a 10%, el financiamiento ahora vendrá de alguna entidad celestial imprecisa y aunque no se dio marcha atrás en lo del doblaje, los infractores no se afligen: ya se habrán amparado, o esperarán pacientemente a que alguien llegue a multarlos (¿quién?) por seguir exhibiendo sin su sonido original películas no aptas para menores.

Esto del doblaje, por cierto, será materia de otro artículo. —

— GUSTAVO GARCÍA

Ribeyro o el desdiario de un hombre cansado

Las formas de la indiferencia son múltiples, abrumadoramente ilimitadas. Con dificultad podría de-

cirse de quien mantiene un diario que es un apático consumado, un olvidado de sí, no se diga de su realidad circundante; el diarista, para ser tal, no puede prescindir de la materia misma con que registra las fatigas del calendario: él y lo demás. Aun así, es posible estar al día y ser indiferente y anodino. Por ejemplo Kafka en la entrada del 2 de agosto de su *Diario*, año 1914: “Alemania declaró la guerra a Rusia. Por la tarde, en la Escuela de Natación”. Otro gran insatisfecho, Julio Ramón Ribeyro, comparte con el autor de *La metamorfosis* el hastío del solitario que se aburre los domingos, el personaje cansado que busca con desesperación salir de sí mismo y lo único que logra es caer con las palmas de las manos en el fango del mundo.

Pero en su diario personal, la indiferencia del escritor peruano al que le horroriza la monótona vida de todos los días, se vuelve a veces en su contra prodigándolo en el favor de la visión —a veces profética— en el teatro de los acontecimientos; como en París, durante el año axial de 1968: “La caída de De Gaulle: Gulliver vencido por los enanos. Los franceses no soportan la grandeza, la desmesura. Prefieren una confortable mediocridad. [...] Por no haber tolerado a un Quijote se condenaron a ser gobernados por una cohorte de Sanchos”. Llama la atención que alguien asediado por la pobredumbre de una existencia tan inmóvil como incógnita, pueda al mismo tiempo reconocer en la imagen de un estadista el pulso de la época (o elucubrar en un minucioso texto de criminología, “Al pie de la letra”, el perfil psicológico del antropófago más célebre del momento: Akito Kamura). Cioran es otro miembro distinguido de esa cofradía de ensimismados capaces de concentrar su lucidez pesimista y descreída en un aforismo, o de prolongar amistades en rigurosos ejercicios de admiración.

Los diarios propician la frase sentenciosa, buscan lo imposible: el sentido de un acto vano, el sitio que ocupará un hecho absolutamente mediocre en la

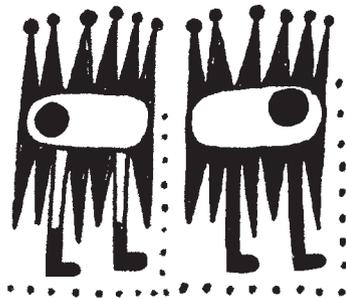
complicada historia personal. El antídoto contra el virus de la solemnidad: la ironía llevada hasta la burla y la autoparodia. No es extraño que José Miguel Oviedo, en su prólogo a las *Prosas apátridas*, refiera el escepticismo de Ribeyro, su humor generoso que no le reprocha a la vida su avaricia para con los destinos ensañadamente malogrados: incontables fragmentos de ese pequeño y luminoso libro provienen de *La tentación del fracaso*, su diario personal de 1960 a 1974. Ribeyro, el auténtico marginal y segregado del boom por decisión estética propia, hubiera podido escribir una página del diario de Jules Renard fechada en mayo de 1894:

Mi literatura no es sino la continua corrección de lo que me sucede en la vida. Como alguien que febrilmente busca en un libro qué hacer para reanimar al ahogado que yace en la orilla. —

— BRUNO HERNÁNDEZ PICHÉ

Letras Libres y Enrico Martínez

Una decisión importante de toda revista que nace es la selección de su tipografía. Una revista como *Letras Libres* requería una tipografía clara, para lectores, no para consumidores; una tipografía con serifas o patines que permita la correcta diferencia entre las letras; una tipografía pulcra. Ante este reto, existían dos soluciones: irse al catálogo de tipografías existentes en el mercado o bien construir una propia. Optamos por la segunda solución, pese a los riesgos que entrañaba. (En mitad del primer cierre, la pregunta más dramática que recuerdo fue “¿ya llegaron las versales-versalitas? Me urgen para escribir EZLN”). Nuestras letras se llaman *Letraslibres antigua* y fueron diseñadas por David Berlow de la casa tipográfica Font Bureau de Roger Black, el diseñador de *Rolling Stone*, y socio de



Eduardo Danilo, director de diseño de *Letras Libres*.

Letraslibres antigua está inspirada en la tipografía de Enrico Martínez, cosmógrafo real, médico aficionado, intérprete del Santo Oficio, ingeniero e impresor de Nueva España. Enrico Martínez es conocido por haber sido el responsable del Tajo de Nochistongo, el intento colonial por crear un salida natural para las molestas aguas del Valle de México. Menos reconocida es su labor como editor, pese a ser el creador de la más relevante tipografía clásica de México que se conserva, según señala en su espléndido estudio Juan Pascoe (Cfr. *La obra de Enrico Martínez, Taller del Martín Pescador*). La forma en que Enrico Martínez se hizo de una imprenta es por demás curiosa (los interesados en seguir los avatares de esta historia rocambolesca pueden ir a Francisco de la Maza, *Enrico Martínez, cosmógrafo e impresor de Nueva España*). Martínez sirvió de intérprete, por su origen holandés, en el juicio con que la Inquisición despojó al flamenco Adriano Cornelio César, acusándolo de hereje, de la imprenta que poseía. Ante la negativa del editor Martín de Bribiesca por recibirla, la imprenta, con todos sus tipos e instrumentos, fue a caer en las manos del propio Enrico, quien se dedicó en cuerpo y cincel a construir una tipografía y a desarrollar toda una carrera como editor.

La propuesta de Eduardo Danilo de crear una tipografía nueva inspirada en la de Enrico Martínez es una idea original del editor Gonzalo García

Barcha. La generosidad de Gonzalo no se limitó únicamente a “soltar” la idea, sino que nos ayudó directamente en el empeño de seguir el rastro de Enrico Martínez. En menos de un mes, y con un trabajo intenso, Eduardo Danilo y David Berlow lograron el milagro de construir toda una familia tipográfica para *Letras Libres*. Su trabajo se distancia bastante del de García Barcha, quien tiene la idea de respetar el trazo original, aun en sus defectos e irregularidades, frente a la interpretación moderna que proponen Danilo y Berlow. De cualquier forma, y más allá de ser la primera revista mexicana que se imprime en un tipo no sólo propio sino inspirado en la tradición editorial y tipográfica del país, lo que de verdad queremos como editores es aspirar a la claridad. Parafraseando a Ortega y Gasset (“la claridad es la cortesía del filósofo”), la cortesía del editor es la tipografía. —

— RICARDO CAYUELA GALLY

LETRAS LIBRES

Consejo de Colaboradores
de *Letras Libres*

- Bartra, Roger
- Bell, Daniel
- Berman, Paul
- Bracho, Coral
- Bradu, Fabienne
- Cabrera Infante, Guillermo
- Cervantes, Miguel
- Cluny, Claude-Michel
- Cobo Borda, Gustavo
- Costa, Horacio
- Dammer, Mark
- Del Paso, Fernando
- De la Colina, José
- De la Grange, Bertrand
- Deltoro, Antonio
- Demicheli, Tulio
- Dupont, Wladir
- Edwards, Jorge
- Elizondo, Salvador
- Enrique, Alvaro
- Fierro, Enrique
- Espinasa, José María
- García Bergua, Ana
- Golden, Tim
- Goldman, Francisco
- González de Alba, Luis
- González de León, Ulalume
- González Rodríguez, Sergio
- Guerrero, Gustavo
- Guillermoprieto, Alma
- Hale, Charles
- Hamill, Pete
- Hinojosa, Francisco
- Huerta, David
- Helguera, Luis Ignacio
- Kerr, Sarah
- Lemoyne, James
- Lizalde, Eduardo
- Lopéz Mills, Tedi
- Manjarez, Héctor
- Marias, Javier
- Masing, Michael
- Meyer, Jean
- Mutis, Alvaro
- Monsiváis, Carlos
- Pitol, Sergio
- Pacheco, José Emilio
- Rico, Maite
- Rivas, José Luis
- Rojas, Gonzalo
- Rossi, Alejandro
- Serna, Enrique
- Soler Frost, Pablo
- Thomas, Hugh
- Torres Fierro, Danubio
- Turret, Isabel
- Vargas Llosa, Alvaro
- Villar-Matas, Enrique
- Vitale, Ida
- Volpi, Jorge
- Guerrero, Juan Pedro
- Wáizer, Michael
- Wieseltier, Leon
- Zaid, Gabriel